

# Categorías: coordinadas

## poéticas

Cuando el espíritu humano se siente atraído por la comunicación de la Belleza a través de la palabra, la manifestación literaria que indudablemente ejerce más fascinación es la poesía lírica. (1) Otras formas de expresión literaria pueden despertar un interés más o menos intelectual, mover tal o cual fibra de la sensibilidad, pero un encanto global que interese al ánimo por entero, creemos que es la expresión lírica la que es capaz de lograrlo, y esto, cualquiera que sea el tipo de personalidad que a ella se asoma. La razón es ese mundo misterioso del poeta, constituido por infinidad de elementos, generalmente insospechados para quien por primera vez se acerca a la obra, pero que tocan el alma independientemente de la consciencia, o no, del lector,

La producción literaria de Juan Ramón Jiménez presenta múltiples facetas de interés que nos incitan a conocer más íntimamente obras y autor. En esta ocasión pretendemos asomarnos al ámbito poético creado a partir de las categorías abstractas de tiempo, espacio, número y causalidad.

### TIEMPO

Tiempo es la serie de cambios que se efectúan en todo ser de relativa permanencia; es, en última instancia, una forma de evolución. Tiempo es una categoría dinámica en nosotros mismos, nos pertenece y la normamos a voluntad, sin embargo, es también una idealidad estática que nos posee y marca el paso de nuestro devenir.

De su carácter cualitativo se deduce la posibilidad de conceptuar un tiempo interior, subjetivo, sin cánones de medida, que se aprecia por la intensidad de lo vivido; y otro tiempo exterior, objetivo, regulado por el ritmo inalterable. A pesar de que el tiempo externo nos impone su paso

inexorable, hay una supremacía del tiempo interior, debido a la cualidad intrínseca de los cambios que en éste se efectúan y que dejan marcas indelebles en nuestra vida emocional.

Cada ser vive su tiempo dentro del decurso general: a veces ambos en conformidad, otras en divorcio; de la disconformidad entre el tiempo interior libre y el tiempo exterior y ordenado, surge la tragedia en el ser, porque persigue lo imposible: retrasar o adelantar la marcha del tiempo. El tiempo, con su persistencia, permite discernir lo efímero y fugaz de lo subsistente y fijo; el problema está en lograr el justo equilibrio y variabilidad que es lo que proporciona el sentido de la continuidad.

— — —

En la poesía de Juan Ramón Jiménez, el tiempo tendrá ese valor dramático que surge de la confrontación en el ánimo entre el tiempo exterior y el tiempo interior.

En sus primeros volúmenes de versos esta posición no es todavía muy consciente; al principio el poeta está engolosinado en su obra, que elabora con la palabra, y Juan Ramón juega con el verbo y el concepto de tiempo:

Si fuésemos malditos y colgados  
en el fondo de un bosque, soñadores,  
y como los antiguos condenados  
muriésemos sin lágrimas ni flores;

(Rimas)

Verbos en subjuntivo y postpretérito dan una sensación de irrealidad, de intemporalidad, de algo que no sucede pero que deja impresión de pesadilla, proyectando una hipótesis hacia el futuro.

Otras veces, logra el juego de la acción, a base de los tiempos de los verbos espléndidamente combinados:

Todas las rosas blancas que rueden a tus pies,  
quisiera que mi alma las hubiese brotado;  
quisiera ser un sueño, quisiera ser un lirio,  
para mirar de frente tus grandes ojos claros.

Que mi vida tuviese una luz infinita,  
joya de los senderos que adornara tu paso,  
quisiera ser orilla de flores de ribera  
por irte acompañando, por irte embelesando...

(Laberinto)

En esta amalgama de modos y tiempos de acción, Juan Ramón logra la intuición de un presente sin mencionarlo, sino a través del movimiento de las nociones de pasado y futuro.

Poco a poco, el tiempo va fijando su concepto, a medida que el poeta descubre también una fijación en sus emociones:

Seré, como los pájaros, el huésped  
de un bosque solitario. La alegría  
—brisa, sol— tornará con la poesía  
al corazón echado sobre el césped.  
El cielo estará azul; el mar flagrante  
pondrá, tras la arboleda, su rudeza,  
sobre la fastuosa realeza  
del ocaso de oro y de diamante.  
Sonreirá la flor entre mis manos;  
en el arroyo roto y balbuciente,  
mis ojos perderán, divinamente,  
la pena de sus éxodos lejanos...

(Laberinto)

Hay, en el futuro definido de los verbos, una sensación de seguridad de que lo que el poeta desea será así, cuida de no mencionar un condicional que haría el pensamiento dubitativo.

Cuando Juan Ramón menciona el tiempo en función de un lapso medido convencionalmente: "mañana", "tarde", "abril", "octubre", "primavera", "otoño", etc. es generalmente con un fin estilístico: metáforas de una sensación, de un estado anímico, símil de un anhelo insatisfecho o memoria de una situación.

¿para qué he de reír por la mañana,  
si sé que por la tarde he de llorar?

(Rimas)

"Mañana" y "tarde" en estos versos, no tienen el significado de tales, sino el pesimismo que llena al poeta como un estado permanente, porque no palpa un presente que apoye su esperanza.

La misma idea encontramos en los siguientes versos, también de los del principio de su obra:

El alegre mes de mayo  
ha nacido esta mañana;

... ..  
Mes de mayo, ¿por qué llegas  
a acariciar mi alma,  
si sabes que para siempre  
lleva dentro la nevada?

(Rimas)

Todo parece comenzar con un canto de alegría, contagiado por el despertar de la naturaleza, pero su estado de ánimo, triste y pesimista, es más fuerte que las fuerzas naturales y, con una antítesis, el poeta convierte la alegría de mayo en una fría queja.

A medida que avanzamos en la obra juanramoniana, el concepto de tiempo va pasando de la simple metáfora al vocablo de definitivo y alto contenido filosófico:

Las auras vagas del corazón adelantan  
el olor de las suaves auras de primavera...  
Por el cielo del alma tiernos pájaros cantan,  
en el sueño se ríe la estación venidera...  
Una ilusión fragante, sensual, indefinible,  
viene de no sé dónde, entre claras sonrisas...  
Octubre era una frente de tristeza indecible;  
febrero es una espalda que se aleja entre brisas...  
En las últimas horas el sol divino esplende  
una visión fantástica, de nostalgia y de flores  
y, a la luz rosa que los endulza y los prende,  
parece que los árboles se cubren de verdores...

(Melancolía)

Las épocas del año se han metido en el poeta, son ya parte de su interioridad donde en realidad van sucediéndose las mutaciones que las palabras van significando: su corazón huele a primavera y su alma canta el esplendor del verano; por una vez, Juan Ramón no está afligido, sino que los meses tristes le vuelven la espalda: uno "fue", el otro "se aleja"; y el crepúsculo, en lugar de despertar sus nostalgias, es su espíritu que se abre a la esperanza. Estupendo en el segundo cuarteto es el manejo temporal del verbo "ser", para dejar en dos trazos la constancia de la existencia de un pasado triste, sin restar brillo a la euforia del presente.

Desde los primeros poemas de Juan Ramón hemos sentido cómo el tiempo en sí le preocupa en su noción de perdurabilidad, estrechamente

unido por lo tanto a la idea de muerte; o sea, que encontraremos siempre el contraste de los conceptos de eternidad frente a la finitud de lo humano.

Vemos pues cómo el concepto de tiempo ha ido perdiendo contenido en cuanto a estricta unidad de medida, hay siempre un presente, un pasado y un futuro en sus poemas, pero es porque su tema es la vida que transcurre, el tiempo viene a ser como un fluido en el que Juan Ramón se mueve, y que tomará el contorno de su personalidad poética a medida que ésta avanza o retrocede en su evolución:

No ves llegar a ti  
maravillados de tu luz completa.  
Nos quiere esperar sin decaer,  
nos quiere que pasemos, que veamos  
de todas partes tu luciente bello:

(La estación total)

El tiempo aquí está significado por tres verbos: "llegar", "esperar", "pasar", que, a pesar de su valor en el sentido de movimiento, dejan, por la manera como están colocados en el pensamiento, una sensación de algo estático, de algo que acabó su evolución en el tiempo y que, sin embargo, no desaparece sino que se mantiene en una cima de armonía:

¡Igual es esbeltez,  
en espresión de hora,  
en superación nítida,  
en ascensión de culmen sostenido,  
igual en armonía siempre nueva!

(La estación total)

El tiempo ha pasado la barrera del morir: el poeta va camino de la perennidad que él buscaba para su Poesía.

Esa poesía que comenzó casi en un caos verbal por el juego de tiempos y sensaciones anímicas, ha ido encontrando su rumbo. En el aspecto formal, el poeta controló el tiempo en sus metáforas; en cuanto a contenido, el concepto se purificó en el drama del poeta mismo: el choque entre el tiempo exterior y su tiempo interior hizo que Juan Ramón buscara el tiempo que no termina. El resultado es un nuevo valor poético en el mundo juanramoniano: la rica gama de gradaciones de tiempo limitado y medido a eternidad en movimiento.

Juan Ramón Jiménez ha llegado a lo que él mismo considera plenitud de su obra, fue su meta y la ha alcanzado; todos los elementos que utilizó para llegar a ella le pertenecen, y hay una como explosión gozosa al sentirse poseedor y no poseído.

Mientras la Naturaleza sigue sujeta a las leyes inexorables del tiempo:

Y empezará otro día  
vagamente obligado a su función  
en este inadecuado trasunto del vivir,  
con la condescendencia maternal,  
ajena, sonriente,  
de la naturaleza insigne y grande.

(La estación total)

... el poeta canta su liberación plenamente consciente, y hasta un poco ensorberbecido de su arte:

¡Eternidad, hora ensanchada,  
paraíso de lustror único, abierto  
a nosotros mayores, pensativos,  
por un ser diminuto que se ensancha!

(La estación total)

Juan Ramón, con la constancia de su maestría poética, ha disciplinado la amenaza del tiempo que podía terminar con su obra, ahora pretende moverlo él a su voluntad con su imaginación de poeta.

El mismo cerrará su producción al considerar que ha hallado lo que a través de su labor buscaba; y en ese encuentro del poeta con su "dios deseante y deseado", el tiempo es, más que eternidad, el movimiento que hace posible la concurrencia:

Ahora puedo yo detener ya mi movimiento  
como la llama se detiene en ascua roja  
con resplandor de aire inflamado azul,  
en el ascua de mi perpetuo estar y ser;

(Animal de fondo)

Una vez más, con ese desbordamiento de verbo que es ya un surtidor incontenible, pero siempre consciente y cuidadosamente medido, Juan Ramón nos lleva, entre color e imágenes, del movimiento a la perpetuidad del ser:

Va y ven, el movimiento  
de lo eterno que vuelve, en ello mismo  
y en uno mismo;  
esa órbita abierta

que no se sale de sí nunca, abierta,  
que nunca se libra de sí, abierta,  
(porque)  
lo cerrado no existe en su infinito  
aunque sea regazo y madre y gloria.

(Animal de fondo)

Lo eterno lo rodea en su constante devenir y él se abre a lo infinito compenetrado con su Poesía que ahora puede aspirar a lo eterno.

## ESPACIO

En un sentido lato, el espacio es el lugar que ocupan los cuerpos, o dicho de otro modo: el vacío que los cuerpos llenan y por el cual se mueven. El espacio es condición de toda forma y él en sí no tiene forma; es base de toda individualidad y no tiene partes porque es homogéneo e indivisible.

Al ser entidad ideal, el espacio no existe en esa realidad abstracta en que lo concebimos y por lo tanto, no puede ser percibido por ninguno de nuestros sentidos; sin embargo, no podemos adquirir consciencia de los objetos exteriores sin tener una idea más o menos explícita del espacio, ya que es la forma por medio de la cual concebimos la continuidad y coexistencia de los objetos sensibles.

Vivimos y nos movemos pues, en un espacio real, limitado, susceptible de división y medida. Pero siendo a la vez una idea "a priori" de la mente, es un concepto ideal, ilimitado, aunque no infinito: la continuidad de la multiplicidad coexistente.

— — —

Juan Ramón Jiménez sigue, consciente o subconscientemente, esta última línea: el poeta partirá de un espacio real, limitado, concreto, que va transformando a través de su obra y convierte en un elemento más de su mundo poético; en sus últimos poemas habrá logrado un concepto de espacio ideal y sin límites, que enriquece la obra en sí al tiempo que satisface los anhelos del poeta.

En los primeros volúmenes de versos, el espacio es algo puramente objetivo, el lugar físico en el que el poeta coloca a los seres que dan marco a su poesía: plantas o animales que tantas veces son objeto de la sensibilidad de Juan Ramón:

De una rama amarillenta,  
al temblar el aire fresco,

una pálida hoja mustia  
dando vueltas cae al suelo.

.....

Desde el profundo bosque  
llega monótono el eco  
de algún lago que suspira  
al darle una gota un beso.

.....

El jardín vuelve a sumirse  
en melancólico sueño,  
y un ruiseñor dulcemente  
gime en el hondo silencio.

(Rimas)

La descripción es, a primera lectura, puramente objetiva: el jardín, un lago, hojas secas que caen y un ruiseñor que canta...; sin embargo la adjetivación del trozo nos da ya algo de la sensibilidad del poeta, porque el jardín está melancólico y soñoliento, el lago suspira, la hoja es mustia y pálida, el ruiseñor gime más que cantar. El espacio aquí es una naturaleza en perspectiva, fuera del sujeto, pero no totalmente desligada de él.

A los pocos pasos, esta descripción aparentemente sólo objetiva, comienza a ser una situación idealizada: un jardín que renace en primavera o se apaga en un anochecer invernal, lejanos recuerdos de Moguer, una estancia a través de cuyo ventanal penetra el aroma de la naturaleza, o la Naturaleza misma en todo su esplendor y con toda su fuerza..., y todas estas descripciones estarán en el poema en función del estado anímico de escritor:

Está la noche tan clara,  
tan dulcemente serena,  
que mi corazón sonríe  
en su infinita tristeza,  
y mi alma entreabre una rosa  
en sus jardines de adelfas.

(Rimas)

Ese "jardín de adelfas" sí es ya un espacio ordenado por el poeta: una naturaleza menos descriptiva y más subjetiva, donde la hoja pálida y el hondo silencio del poema anterior son ahora: una rosa en una noche dulcemente serena; la misma melancolía late en el fondo de ambos trozos, pe

ro mientras el primer jardín está visto en perspectiva, el segundo sale del alma del poeta.

El espacio en su poesía va ensanchándose y se apoya ahora en los elementos naturales que son el ambiente de su inspiración, limitado hasta este momento por cielo, mar y tierra:

y por las verdes campiñas  
iba yo siempre contento,  
inundado de ventura  
al mirar el limpio cielo,  
celeste como mi alma,  
como mi alma sereno,  
creyendo que el horizonte  
era de la tierra el término.

(Rimas)

Aunque perfectamente marcados los límites del espacio poético, se palpa la infinitud en la que el poeta anhela sumergirse...

Pero como poeta y obra no pueden malograrse, Juan Ramón hace un recuento de su vida y de su poesía, es la conciencia del proceso de liberación que se lleva a cabo en él y en su obra:

Ya no tengo paisaje delante de mis ojos;  
el hogar es lo mismo que un calabozo impuro;  
sólo veo, entre andrajos anegados y rojos,  
los jardines que la humedad abre en el muro.  
Del amor no me queda más que el sucio apetito,  
en un rincón sin luz, sin tonos, sin fragancia;  
el pan de cada día me lo como maldito;  
como un cerco de piedra me oprime la distancia...

Yo no sé si esta vida sin mudanza es la vida,  
yo no sé si es mejor o peor que la muerte...;  
... ¡más sé que el sol interno que me dora la herida,  
de oro fino que era, me hace de hierro fuerte!

(Melancolía)

Preciosa queja en la que queda, prendido en los puntos suspensivos, el toque positivo, augurio de una plenitud.

En esta localización de la sensibilidad del poeta, es interesante hacer notar el lugar que él da en su obra al tema de la muerte; se puede decir que es una constante en la poesía juanramoniana y su espacio concreto, al principio de la obra, será la descripción de algún cementerio o el empezar tal o cual situación en un ambiente sepulcral:

¡Qué silencio...! ¡qué reposo...! Dulce brisa  
mece al sauce y al ciprés sobre las fosas;  
por las cruces juegan blancas mariposas  
y las rosas enrojecen con la fuerza de su risa...

(Ninfeas)

Sencillos trazos de pincel de su sentimiento más que de su sensibilidad en sí, pero que ilustran el espacio juanramoniano de esa época.

Sin embargo, antes de llegar a una completa adecuación de poeta y obra, hay en Juan Ramón la inevitable lucha: él ha concebido la totalidad posible del ser por medio de la belleza que es capaz de crear como poeta, y ahora quiere hacerla concertar con su propia limitación espacial que, en la realidad de la muerte, lo ha obsesionado desde siempre.

A medida que en su poesía, el tema de la muerte se va desligando de la localización concreta, insensiblemente el poeta cambia la zozobra que le producía la idea de morir, por un anhelo de perennidad; seguirá siendo inquietud, pero ha habido un cambio de matiz: de la angustia, a la esperanza de una eternidad.

Esta búsqueda de algo que permanezca cuando el poeta ya no exista, nos lleva una vez más a la preocupación religiosa de Juan Ramón, inquietud que fluctúa, del anhelo de inmortalidad, al encuentro con una muerte transformada..., su espacio es ahora su interior mismo:

Morir es sólo  
mirar adentro; abrir la vida solamente  
adentro; ser castillo inexpugnable  
para los vivos de la vida.

(Poesía)

Así construye Juan Ramón su mundo poético, pero el poeta parece diluirse en ese espacio interior creado por y para su poesía, sin embargo, él no puede permanecer fuera de su obra y, por otro lado, todavía no ha llegado a conjugar ese espacio etéreo con su necesaria materialidad; en busca de un punto de apoyo y de referencia al cual asirse, Juan Ramón ve en el recuerdo la necesaria relación de un pasado concreto a un futuro prometedor aunque aún incierto:

Como médanos de oro,  
que vienen y que van, son los recuerdos.

El viento se los lleva,  
y donde están, están,  
y están donde estuvieron,  
y donde hábrán de estar... —Médanos de oro—.

Lo llenan todo, mar  
total de oro inefable,  
con todo el viento en él... —Son los recuerdos—.

(Piedra y cielo)

Los elementos: mar, viento, han perdido completamente su significado; y el espacio y el tiempo, sin ser mencionados, están en el poema; será la maleabilidad de la lengua española, en el doble juego del verbo *ser* y *estar*, la que de al poeta la coyuntura de su pensamiento: lo que “es” no necesita connotación en el tiempo ni en el espacio, pues la existencia ontológica escapa al terreno metafísico; es lo que “está” lo que puede tener una localización en la coordenada de espacio; jugando con los tiempos verbales, Juan Ramón coloca al recuerdo en un mundo concreto y abstracto a la vez, en un tiempo existente y sin embargo apenas apuntado, en un espacio metafísico circunscrito a la acción de *estar*.

La suma poeta-obra da por resultante una unión íntima, casi religiosa, que Juan Ramón Jiménez expresa en el gozo de un hallazgo: él es el espacio, continente de bellaza eterna:

¡No estás en ti, belleza innúmera,  
que con tu fin me tientas, infinita,  
a un sinfín de deleites!

¡Estás en mí, que te penetro  
hasta el fondo, anhelando, cada instante  
traspasar los nadires más ocultos!

¡Estás en mí, que tengo  
en mi pecho la aurora  
y en mi espalda el poniente  
—quemándome, transparentándome  
en una sola llama—; estás en mí, que te entro  
en tu cuerpo mi alma  
insaciable y eterna!

(Piedra y cielo)